Carlos V en Italia (1529-1530)

Felipe Ruiz Martín
Real Academia de la Historia

Introducción

Patentes o veladas aspiraciones a la supremacía que se enuncia bajo la denominación exagerada de «universal», en el sentido de preponderancia o de protección, se conjugan al comienzo de los Tiempos Modernos con el robustecimiento de una serie de estados territoriales o comarcales, si no locales, cuya independencia, o autonomía en el peor de los casos, es defendida a ultranza por sus dirigentes más conscientes, los cuales consiguen implicar en ese propósito y querencia a la colectividad que les circunda, nacional, y apelan en trances de alarma a la revuelta armada, estando siempre dispuestos, los beneficiarios o cabecillas de esos estados territoriales o comarcales, si no locales, a sumarse, a colaborar recíprocamente en coaliciones armadas para resistir a las auténticas o las presuntas amenazas que se ciernan contra alguno de ellos en concreto. Las aspiraciones de supremacía «universal» están suscitadas por las dinastías reinantes poderosas y no sólo la de los Habsburgo, que acumuló herencias, sino también la de los Valois y la de los Tudor y puede que asimismo la de los Jagellon que confederaban a Polonia y Lituania: esto, limitándonos a la Cristiandad, en la que el Papado se reservaba preeminencia religiosa excluyente, la ortodoxia. Entre los infieles se presumen análogas ambiciones, que coetáneamente estaban alentadas por el sultán turco, el saha persa, el zar moscovita, éste o aquél magnate de Asia...

En lo que sin tardar se llamará Occidente de Europa el conflicto entre las «casas» con plurales o dilatados dominios y los principados o repúblicas políticamente emancipados —costeros o continentales— y de escasas dimensiones, aunque con una capital que cohesionaba al pequeño núcleo, fue constante. Esa tensión ininterrumpida no se daba entre países, como suele presentarse por lo común; más bien los promotores de la fricción o del choque eran sus titulares, aquéllos que gobernaban o mandaban. La rivalidad de España con Francia, luego, en la segunda mitad del siglo XVI, de España con los insurrectos de los Países Bajos que acabarán origi-

nando las Provincias Unidas, y después de España con Inglaterra, no son planteamientos correctos; pecan de simplicidad. Las cosas resultan más complicadas, o más sencillas, conforme se mire. La oposición a la preponderancia de los Habsburgo será el constante centro de gravedad, con la particular evolución de los Valois y sus sucesores los Borbones y de los Tudor, en la réplica, de ir abandonando las posturas de estirpe para identificarse con los intereses del espacio geográfico que rigen, Francia e Inglaterra. En esa dinámica se inserta la rebelión de los Países Bajos y el alumbramiento de las Provincias Unidas.

Si en el bloque de pertenencias de los Habsburgo ha de admitirse que España, preferentemente los reinos de Castilla, por su pujanza y riqueza, que es anterior a la llegada de copiosos «tesoros» de las Indias, tuvieron una importancia creciente por encima de los demás componentes del conjunto, esa superioridad no les evitó a los reinos de Castilla la dependencia sumisa a la Corte de sus soberanos, la cual tenía propios criterios, sus objetivos, unas metas. Se ha escrito y hablado más del ideario de Carlos V que de los conceptos señeros de Felipe II y sus continuadores hasta 1700; pero existieron aquél y éstos, y actuaron sin interrupción y con tenacidad como instancia máxima, aunque las contingencias los atemperasen. Las posesiones dispersas por las penínsulas ibérica y apenina, los Países Bajos y el Franco Condado, el laberinto germano... debieron subordinarse a ellos, les gustase o les repeliese, todos por igual. Carlos V, como Felipe II y sus continuadores hasta 1700, proclaman y hasta respetan las peculiaridades administrativas de las «provincias» —expresión habitual en su vocabulario—, preservan su autogobierno, pero reservan exclusivamente para la Corte sin la menor concesión la facultad de declarar la guerra y hacer la paz en el exterior, lo que les conduce a inmiscuirse en la Hacienda de las «partes» que componían el Imperio o la monarquía.

La dinastía de los Habsburgo fue más tenaz que la de sus émulos en la concepción patrimonial del poder que ejercían; de ahí su duración prolongada, aunque se dividiese temprano en dos ramas, no bien avenidas en el fondo, aunque sí aparentemente. Ese éxito fue mérito de Carlos, para el que la solidaridad inquebrantable de la familia troncal fue constante preocupación y desvelo, bien que no consiguiera a la postre intercalar a su hijo en la línea de Reyes de Romanos y consecuentemente de Emperadores, como pretendió tercamente hasta en su retiro en Yuste. Fue una dolorosa renuncia que asumió cuando apenas le quedaban escasos meses de vida. Del mismo modo, entre la teoría y la práctica del Imperio, optó con reiteración por lo posible que la insoslayable realidad consentía de momento, pero premeditando, proveyendo lo oportuno para lograr lo esencial en el futuro. En fin su conducta reiterada, remitir para mañana, propiciatoriamente, lo que es inaccesible hoy. No lo conseguirá frecuentemente; sí a veces.

Estas reflexiones precedentes son válidas para interpretar los acontecimientos aislados que se prodigaron a lo largo del itinerario en el viaje de Carlos V a Italia de 1529 y 1530, que todavía estaba impregnada de la cultura del Renacimiento, singu-

larmente en sus mentores, laicos y eclesiásticos. Recepciones, acogidas, fiestas fastuosas, encuentros calculados si no casuales, conversaciones públicas o recatadas, invariablemente discretas, aunque cargadas de insinuaciones, son la cara externa; pero la procesión va por dentro y no es oro cuanto reluce. Carlos V y los áulicos que le acompañan captan el ambiente, que no es precisamente de incondicionalidad, aunque se disimule, por lo que transigen y conceden, y sin olvidar los postulados esenciales de la misión en el mundo de la Cristiandad que se atribuyen, encaminan sus pasos resueltamente, sin premura, hacia lo que persiguen sin demasiada precisión, porque el panorama está mudando con celeridad y es consecuentemente inestable: basándose en el pasado, lo insoslayable es el porvenir, que está configurándose. Una incógnita, pero que ha de ser afrontada, arriesgándose en el juego de las bazas que van dirimiéndose.

¿Qué deducir de los gritos, de las consignas, en ningún modo espontáneas, que se escucharán en los instantes críticos invocando a España? ¿Quién los promueve? ¿Para qué? ¡Atención!

Formación y destino. La oportunidad

La educación recibida y el ambiente que le rodeó en Borgoña durante su mocedad a Carlos de Gante, nacido en 1500, le inclinaban a considerarse un predestinado, lo que fue confirmándose en su ánimo, cuando además de recaer en él fortuitamente la herencia de extensos, aunque separados, dominios diversos, es elegido en 1519 emperador de Alemania: todo era estímulo para tenerse a sí mismo por el paladín de un orden y de la concordia en Europa, mejor, en el espacio que se conocía con la designación de la Cristiandad. Sus ascendentes familiares, los Habsburgo, fueron la referencia inicial de esas aspiraciones, que él maduró, convirtiéndola para sus descendientes en meta dinástica, cuya efectiva vigencia fue prolongada de generación en generación en los siglos XVI y XVII por la rama que tuvo su capital en Madrid, y más tarde en los siglos XVIII y XIX, un tanto desvaída y obsoleta la presunción, por la rama que se asentó en Viena[1]. En tan dilatada trayectoria que abarca

[1] Sobre las aspiraciones que alentó Carlos V hay una extensa bibliografía, en especial germánica, de la década de los 1930, cuyo exponente podría ser RASSOW, P., *Die Kaiser-Idee Karls V dargestellt an der Politik der Jahre 1528 bis 1540,* Berlín 1932, que tuvo eco en España (con antelación a ser traducidas tres conferencias de Peter Rassow, que sintetizan y retocan el citado volumen suyo de 1932, con el título global de *El mundo político de Carlos V,* Madrid, 1945) y cuya expresión más conocida es MENÉNDEZ PIDAL, R., *Idea imperial de Carlos V,* Madrid, 1940. En esta línea están: BENEYTO PÉREZ, J., *España y el problema de Europa; contribución a la historia de la idea del imperio,* Madrid, 1942, págs. 187-228. MARAVALL, J. A., *Estudios de Historia del Pensamiento Español,* Madrid, 1973. PAGDEN, A., *El imperialismo español y la imaginación política,* Madrid, 1991. LISON TOLOSANA, C., *La imagen del Rey: Monarquía, realeza y poder real en la Casa de los Austrias,* Madrid, 1991.

cuatro centurias, fue relevante episodio la «doble coronación» que el 22 y el 24 de febrero de 1530 tuvo lugar en Bolonia: el 22 con la corona de rey de Lombardía; el 24 con la corona de emperador de Alemania; ambas coronas se impusieron entonces a aquel Carlos de Gante que ya era Carlos V desde su reconocimiento sacralizado como Rey de Romanos en Aquisgrán (23 de octubre de 1520).

Los más conspicuos áulicos de Carlos V le asesoraron sobre las directrices a dar a aquellas referidas pretensiones, y también le presionaron con su parecer determinados colectivos influyentes. No había unanimidad entre esos que tenían la posibilidad de hacer sugerencias en torno a tan elevadas cuestiones. Ya lo señaló el embajador de Venecia Andrea Navagero en torno a 1526: *Aquellos que aconsejan al César son pocos; pero de muchas opiniones*[2], sintetizando en esa frase escueta lo que su antecesor en el cargo, Gasparo Contarini, ampliamente había referido, detallando las facciones, y las personas eminentes que las encabezaban, con sus respectivos postulados esenciales, entre los ocho miembros componentes del consejo de Estado. Se ha concedido gran importancia, acaso excesiva, al grupo de los adictos a Erasmo que rodeaban a Carlos V, para los cuales la victoria de Pavía (1525) y el «saco» de Roma (1627) fueron acontecimientos provinciales que permitirían el sosiego de Italia y la reforma de la Iglesia sin el decisivo influjo del Pontífice: sosiego y reforma que bastaría para la solución mesiánica, protagonizada por un Habsburgo, de los problemas más acuciantes[3]. Discrepaban de ese punto de vista la mayoría de los eclesiásticos que tenían acceso a Su Majestad. Por otra parte, los que desempeñaban mandos en la gente de guerra no comprendían —como había quien lo apuntara— que las conquistas con arrojo hechas pudiesen, en una combinación política que se acordase, ser reintegradas a los vencidos para apuntalar un equilibrio de pequeños estados o feudos, que invariablemente resultaría inestable, a pesar de que se los protegiera: preferible era la retención de esos feudos o estados pequeños por quien integrándolos en sus posesiones los pudiera amparar[4]. En España se lamentaban de la ambición y de la ausencia del que era su soberano[5], y de las repercusiones fiscales que sufrían. Hasta la Emperatriz, Isabel de Portugal, estaba disgustada con la ida a Italia que desde fin del invierno o comienzo de la primavera de 1529 tenía resuelta Carlos V, para conseguir unos objetivos que él mismo evocaba sin precisión con frecuencia[6].

---

[2] *Viajes de extranjeros por España y Portugal,* recopilación, traducción, prólogo y notas por J. García Mercadal, t. I, Madrid, 1953, págs. 905-909.

[3] BATAILLON, M., *Érasme et l'Espagne,* París, 1937, págs. 243-245, 249, 258, 438, 442.

[4] DE SANDOVAL, Fray P., *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V,* 3 vols., en *Biblioteca de Autores Españoles,* 80, 81 y 82, Madrid, 1955-1956; la cita en t. II, pág. 366.

[5] BATAILLON, M., *Érasme... op. cit.,* pág. 258. BRANDI, K., *Carlo V,* traducción de L. Gizburg y E. Bassa, introducción de F. Chabod, Torino, 1961, pág. 261.

[6] RASSOW, P., *Die Kaiser-Idee..., op. cit.,* pág. 27.

El «viaje» para ver de reducir a Italia

Ese «viaje» a Italia es propiciado por la reconciliación con el Emperador del Papa, habiéndose salido previamente éste de la liga de Cognac que en 1526 él mismo había tramado con Francia, Venecia, Milán y otros secuaces. Con los representantes del Papa firmó el Emperador en Barcelona el 29 de junio de 1529 un tratado de alianza defensiva, en la que entraba su hermano Fernando de Hungría; se comprometía en lo capitulado un futuro encuentro del Emperador con el Papa, y también que las tropas de aquél apoyasen a las tropas de éste en el sometimiento de los rebeldes de Florencia que poco antes habían arrojado de la ciudad y de Toscana entera a los Medici, los cuales, por la fuerza, habrían de ser repuestos. Ocupaba la Santa Sede, desde 1523, un Medici, Giulio de Medici, que tomó el nombre de Clemente VII, por lo cual no es de extrañar su obsesión por restablecer lo subvertido en sus lares. Con el pretexto de que la contienda bélica seguía en la península apenina con Francia, Venecia, Milán y otros adeptos, Carlos V dispuso desde Barcelona levantar en España unos contingentes armados de 10.000 a 12.000 reclutas, perfectamente equipados y distribuidos convenientemente en infantería, caballería, artillería e intendencia, para pasar a bordo de la que sería una formidable armada a los puertos de Liguria. Para eso se hicieron venir a Barcelona naves de todo tipo y tamaño así como las ocho galeras que conducía el capitán Rodrigo de Portuondo y las treinta del almirante Andrea Doria. Desde Málaga y Cartagena, fueron trasladados por el mar los enganchados en Castilla, Extremadura, Andalucía y Murcia, que se embarcaron de puerto en puerto. A Barcelona concurrieron también los envíos de dinero contante y sonante por emisarios especiales o por correos ordinarios, o por giros a través de cambios, que al parecer se retrasaron, lo que causó desconcierto. Pero al fin ese dinero empezó a llegar, porque las casas de los capitalistas alemanes, la de los Fugger y la de los Welser, cejaron a última hora en la negativa de hacer más préstamos a Carlos V, negativa que habían mantenido pertinaces los Fugger durante 1524-1526 y los Welser durante 1525 y 1526, hasta que se liquidaron las deudas con ellos contraídas y arrastradas desde 1519 y 1520 cuando tuvo lugar la reñida elección para el Imperio. A los Fugger se les contentó con el arriendo de los Maestrazgos de las Órdenes Militares de Castilla, una dilatada explotación agrícola que englobaba las minas de mercurio de Almadén; a los Welser se les hacía concesiones en Venezuela, al Nordeste de América del Sur[7]. No se precipitaron ni los Fugger ni los Welser a

[7] CARANDE, R., *Carlos V y sus banqueros*, t. III, *Los caminos del oro y de la plata (Deuda exterior y tesoros ultramarinos),* Barcelona, 1987, págs. 68, 83. KELLENBENZ, H., *Die Fugger in Spanien und Portugal bis 1560,* 3 vols., München, 1990, t. I, págs. 62-74 (en la buena traducción al español por Manuel Prieto Vilas de los vols. 1 y 2 de esa monumental obra, publicada en un tomo por la Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura, *Los Fugger en España y Portugal hasta 1560,* Salamanca, 1999, págs. 73-86). Pero sólo esta vez se busca la correspondencia de la cita del original en la traducción al español; las que vendrán detrás, serán del original, pues de él se tomaron las referencias con las que se redactó el texto.

conceder fondos a Carlos V; pero su actitud no hostil era un alivio para contemplar con esperanzas de socorros al futuro. Lo que sí se recibió en Barcelona fueron varias partidas del total de 350.000 ducados con que el rey de Portugal compró por el tratado de Zaragoza (22 de abril de 1529) los derechos que la Corona de Castilla pudiera tener a las «islas de las especias» y sus aledaños en el Pacífico, las disputadas Molucas. Desde luego, 150.000 ducados contantes y sonantes que en Lisboa pagó Juan III de Portugal a los enviados de Carlos V para cobrarlos, Gómez de León y Juan de Samano; estos delegados, después de verificar a su regreso en la ceca de Toledo, que las monedas —de plata, se desprende por el bulto con evidencia— que llevaban cargadas en cuarenta y dos mulas eran de peso y ley correctos, continuaron el camino hasta la lejana capital del Principado de Cataluña, donde entraron con treinta y siete envoltorios y con cuarenta acémilas el 7 de julio de 1529. De los 200.000 ducados restantes hasta los 350.000 comprometidos por Portugal, de los que se habían estipulado la entrega con plazos de demora mediante obligaciones suscritas sobre las plazas de cambio de Valladolid y de Sevilla y sobre las ferias venideras de Medina del Campo, también se logró que fueran ingresados en el acopio de fondos que estaba haciendo Carlos V en Barcelona cuando se disponía a partir para Italia en 1529; el procedimiento del endoso de efectos previamente a su vencimiento era práctica habitual, ya, entre los financieros que rodeaban al Emperador[8]. Cuando todo estuvo a punto, la potente expedición se puso de partida, finalizando el mes de julio de 1529[9].

Llegada a Génova

La potente expedición —en la que están enroladas carabelas de la Carrera de las Indias y entre las mismas aquéllas preparadas y a punto precisamente para ir a las Molucas cuando se firmó el concierto de Zaragoza de 22 de abril de 1529 que escusaba su misión de hacer patente la presencia allí del poder de Castilla— avista Mónaco, toca en Savona, donde baja el grueso de la fuerza transportada, y el resto con el Emperador, su corte y los gentileshombres que le acompañan, que son una legión, todos apuestos y ricamente ataviados, arriban a Génova el 12 de agosto de 1529. Al pisar tierra Carlos V se oyen gritos de ¡*Viva el dueño del mundo!*, que aunque los iniciados en las artimañas de la propaganda —desde antaño y por doquier utilizada—, comprendiesen la procedencia de las voces, éstas no dejarían de impre-

[8] KENISTON, H., *Francisco de los Cobos, Secretario de Carlos V,* Madrid, 1980, págs. 116 y117. RUÍZ MARTÍN, F., «El tratado de Zaragoza (22 de abril de 1529)» en *El tratado de Tordesillas,* Madrid, 1993, págs. 285-315.

[9] MEXIA, P., *Historia del Emperador Carlos V,* edición y estudio por Juan de Mata Carriazo, Madrid, 1945, pág. 522. DE SANDOVAL, Fray P., *Historia de..., op. cit.,* t. II, pág. 358.

sionar a los que las escucharon[10]. A la manera que se acostumbraba hacer en Castilla, se distribuyen por las mansiones —aún no abundantes y con el lujo de la segunda mitad del siglo XVI y el entero siglo XVII— y por las clases modestas y pobres de la estirada y estrecha Génova, que formando una media luna, se desplegaba, trepando por los Apeninos, el alojamiento del cúmulo de huéspedes venidos, no cómodos, pues era de suponer que no faltarían sujetos altivos. Casi inmediatamente de llegar, le fue impuesto al gran canciller, Mercurino Gattinara, que era con Alfonso de Valdés, el secretario de cartas latinas, de los devotos de Erasmo más insignes entre los ministros del Emperador, el capelo cardenalicio, dignidad a la que había sido promovido en 1525[11], Gattinara y Valdés estaban preocupados, pues no se les escapaba, a través de detalles y delicadezas que prodigaba, la inclinación creciente de Carlos V a concertarse con Clemente VII. Sin demora se conoce en Génova que el 3 de agosto de 1529 se había concluido en Cambray la paz de las Damas. Sin Francia la república de Venecia —Milán estando invadido y prácticamente sujeto— carecía de capacidad para coordinar la resistencia a un enemigo vigorizado por el triunfo obtenido postreramente en Landriano y los refuerzos de tropas que habían venido de España de un lado, y por otro, de Alemania, los miles de lansquenetes y jinetes, con cañones, traídos por el conde Félix de Furstenberg[12]. Insinuaciones sino demandas francas de parlamentos se suceden cerca de Carlos V, que nunca las rehusa, aunque desdeñosamente fueran aplazadas para más adelante.

Estando en Génova el Emperador no se descuida la tesorería cuya penuria es preocupante, porque las disponibilidades menguan sin interrupción, dado que los gastos corrientes son exorbitantes —la mala cosecha de 1529 en España como en Italia está encareciendo los precios— y no se cuenta con ingresos regulares al caer. Los hombres de negocios genoveses no gozaban a la sazón de la capacidad que adquirirán dos o tres décadas más tarde; pero son como una veintena los que indudablemente están ganando importancia, más por la red de conexiones de que son el núcleo central, que por el caudal de que disponen, sin comparación posible, por su inferioridad, con el de los capitalistas alemanes de Augsburgo. Decir que no alcanza el de aquéllos el 10 por 100 del de éstos sería una simple conjetura, aunque no descabellada. Sin embrago, los hombres de negocios genoveses empiezan a bullir y los ministros que asisten a Carlos V les tantean y solicitan.

Consiguen entablar un trato, o contrato, de los denominados en español «asientos» y en italiano *partiti*, esto es, un crédito sobre un determinado punto y en la moneda de cuenta que allí esté adoptada, la cual será al instante convertida en la moneda metálica preferente que en la zona circula, con promesa de reintegro, a corto

[10] MEXIA. P., *Historia del Emperador..., op. cit.,* págs. 529, 540, 564. DE SANDOVAL, Fray P., *Historia de... op. cit.,* t. II, págs. 357, 362, 365, 366.

[11] CONTARINI, G., en *Viajes de extranjeros..., op. cit.,* t. I, pág. 905.

[12] SANDOVAL, Fray P. de, *Historia de..., op. cit.,* t. II, pág. 359.

término, del acreditado al acreedor, en una determinada renta suya fiscal o patrimonial —se trata de un príncipe— próxima a ser cobrada, valorada en la moneda de cuenta del espacio correspondiente en que recaiga; no hay hipoteca estrictamente constituida de esa entrada, sólo se «consigna» o señala para su observancia, si prevalece la buena fe. El asiento o *partito* se estipula con Ansaldo de Grimaldi en 28 de agosto de 1529 por 200.000 ducados y la consignación o señalamiento se carga sobre la Hacienda de Castilla, la cual está recuperando la normalidad de sus recaudaciones superado el trauma de la insurrección de las Comunidades, que tuvo en buena medida carácter de plante de los contribuyentes para con el Estado. Por si acaso, Ansaldo de Grimaldi eligió entre los renglones de la Hacienda de Castilla que se le ofrecían para la consignación o señalamiento, la bula de la Santa Cruzada, una «gracia» del Vicario de Cristo en la Tierra que frecuentemente concedían a los reyes de España por una suma total determinada hasta que se colmase, y en una edición que estaba por entonces terminándose de distribuir entre los feligreses ibéricos, con unos costes para cada tomador proporcionados a su categoría, y no era probable que ninguno eludiese la regular y sucesiva adquisición por molesto que estuviese con el Habsburgo y sus áulicos. Para convencer a Ansaldo de Grimaldi se hubo de asentir a una exigencia suya para concluir el asiento o *partito*: «licencia de saca», permiso oficial de exportar de España a Italia 40.000 ducados en especie de los que fuera percibiendo de la consignación o señalamiento[13]. Con seguridad invocaría Ansaldo de Grimaldi el precedente de su pretensión en una «licencia de saca» de 15.000 ducados en numerario de España para Italia dispensada a Giovanni y Tommaso Marini por un asiento o *partito*, también estipulado en Génova, a 15 de noviembre de 1528 por 55.000 ducados, siendo ésta de los Marini la primera «licencia de saca»[14] que se conoce, pues ni los Fugger ni los Welser habían jamás osado aludir a semejante tipo de merced. Del lado de Carlos V se resistió hasta el extremo máximo de hacer la concesión que Ansaldo Grimaldi tenazmente pedía para el asiento o *partito* de los 200.000 ducados; pero el agobio le indujo a tolerar, con el propósito de no reincidir, pues conocía la suspicacia de los castellanos por esas sangrías, que su legislación prohibía terminantemente desde la Edad Media y los Reyes Católicos, en 1480, 1488, 1501, habían robustecido con penas severísimas. En los reinos de Castilla era un tabú la evasión de oro y plata, en acuñaciones o en objetos o barras, y cada habitante consciente era un centinela que estaba alerta para comunicar a los demás cualquier infracción que advirtiese. El complejo levantamiento de las Comunidades estuvo alentado entre otros agravios por el resquemor de que se le estaba privando al territorio de la pecunia que, por ser abundante en su seno —por encima de la que disponían los colindantes, una centuria antes de que los tesoros americanos que descargaban en Sevilla fuesen au-

[13] CARANDE, R., *Carlos V y... op. cit.*, t. III, págs. 80, 136.
[14] CARANDE, R., *Carlos V y... op. cit.*, t. III, pág. 134.

ténticamente copiosos—, perceptiblemente repercutía favorablemente en su rápido crecimiento económico, que se palpaba.

Salió el Emperador de Génova con ruta a Bolonia el 30 de agosto de 1529, y sin prisa va desgranando las postreras noticias llegadas para perfilar sus planes, que no exterioriza. Le preocupa el ataque turco a Austria con simultaneidad a las correrías por el Mediterráneo, aquel verano, de Barbarroja, así como la obstinación de los luteranos en Alemania. Barbarroja dará al traste con la escuadrilla de ocho galeras —sólo se salvó una— que gobernadas por Rodrigo de Portuondo, al cual una vez cumplida la misión de ir en el convoy de Barcelona a Génova, y de retorno, estando de patrulla en torno a las Baleares, había caído en una trampa que en Formentera les fue tendida[15]. Por el contrario de la desazón que en los ánimos acusara este revés, les había confortado poco antes la nueva de que Solimán el Magnífico hubo de levantar el cerco de Viena el 15 de octubre de 1529, lo que era un respiro, aunque breve, porque apenas se retiraron los jenízaros agresores estalló un motín tremebundo entre 45.000 ó 50.000 de los 115.000 ó 120.000 mercenarios que habían participado en la defensa. Angustiado, Fernando de Hungría comunicaba pelos y señales de la subversión a Martín de Salinas, agente suyo junto a Carlos V, para que fuera éste informado urgentemente[16]: la guarnición que había quedado en Viena tras el repliegue de los osmanlines era de 45.000 a 50.000 tudescos, porque otros 70.000 tudescos se habían sacado con premura seguramente para licenciarlos; a aquellos 45.000 ó 50.000 se les debía una paga atrasada, como de buen grado aceptaban los pagadores, pero ellos reclamaban cuatro o cinco por añadidura, de las cuatro o cinco arremetidas que habían repelido, cinco o seis pagas en total, lo que no era de razón — aparte de carecer allí de fondos suficentes para satisfacer tales exigencias—, pues si ciertamente se reconocía en las ordenanzas aplicables la gratificación para las ofensivas de dentro para fuera cuando se estaba aguantando un sitio, era distinto si el golpe venía de fuera para dentro. Se discutía también si habría de descontarse el valor de las vituallas que se habían repartido entre los 45.000 ó 50.000 combatientes profesionales durante el asedio. En fin un conflicto enmarañado, al cual complicaba el hecho de ser no pocos de los 45.000 ó 50.000 insurrectos, protestantes acérrimos que odiaban a los católicos y algunos eran procedentes de los feroces levantamientos campesinos que al explotar intimidaron a Lutero; para colmo, los alzados, que formaban una piña, y cuya consigna furiosa era *¡Blut oder Geld!*, ¡sangre o dinero!, estaban asistidos por sectores amplios de la población civil, entre los que no faltaban personas bien hadadas, movidas quizá por pánico al saqueo que amagaba,

[15] El arzobispo de Toledo a Carlos V, Madrid, 15 de noviembre de 1529 y la Emperatriz Isabel a Carlos V, Madrid, 16 de noviembre de 1529, en *Corpus Documental de Carlos V*, edición crítica dirigida, prologada y anotada por M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, t. I (1516-1539), Salamanca, 1973, págs. 173-178.

[16] Fernando de Hungría a Martín de Salinas, desde una «villa» próxima a Linz a fines de octubre de 1529, en FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Corpus documental... op. cit.*, t. I, págs. 179-181.

prefiriendo ser, de consumarse, verdugos y no víctimas. A nadie se le dejaba ausentarse del recinto urbano. Los capitanes estaban amenazados y perseguidos, si no presos, salvo contados tránsfugas que esperaban aprovechar el pillaje que, se reitera, estaba a punto de desencadenarse sin freno. Solimán el Magnífico, espectante en Buda, era de presumir que no reaccionaría indiferente al caos de Viena; como la república de Venecia. Es verosímil que Fernando de Hungría exagerase los trazos negros que pintaba a Martín de Salinas para impresionar a Carlos V, del que encarecía auxilios pecuniarios; pero el panorama no era tranquilizador. Tampoco los presagios que de Inglaterra se hacían por las veleidades de Enrique VIII podían ser halagüeños.

Paso por Piacenza. Antonio de Leyva sale al encuentro de Carlos V: su mensaje

Esas perplejidades desazonaban al Emperador, condicionando sus reflexiones cuando bordeaba el valle del Po por Tortona, Voghera, Piacenza. En Piacenza se presentó el reputado Antonio de Leyva, en una escapada desde Lombardía donde estaba desplazado el ejército del que era comandante en jefe. Conversan el Emperador y Antonio de Leyva en privado, y aunque no hay testimonio sobre lo que discurrieron, ninguna duda cabe que sería sobre el Milanesado, y que Leyva repetiría con firmeza que era la plataforma para volcarse con rapidez allende los Alpes y la barrera lejana que amparaba al reino de Nápoles: sería un error renunciar a la bisagra con tanto esfuerzo ganada, como a la sazón lo estaba con excepción de contados bastiones, para cederlo a quien volvería a quebrantar las promesas y juramentos que hiciese, cual fórmulas obsoletas de otra edad, pretérita[17]. Carlos V se callaría, encargando, *in extremis*, a su comandante en jefe que tornase al campamento y rindiera Pavía, como lo hizo, para a continuación, él, con los destacamentos que considerase prudente, aproximarse a Bolonia[18].

Bolonia. Ostentosa llegada

Desde el 24 de octubre de 1529 estaba esperando en Bolonia con dieciséis cardenales y muchos prelados y dignidades Clemente VII. La entrada de Carlos V, que fue calculadamente pomposa, se produjo el 5 de noviembre de 1529, a las veinte horas locales, y se hizo por la puerte de San Felice. La nota que destacaría la multitud que se apretaba para presenciar el espectáculo, fue el despliegue de disciplina y mar-

[17] SANDOVAL, Fray P. de, *Historia de...op. cit.,* t. II, pág. 361. CHABOD, F., «L' epoca di Carlo V», en *Storia di Milano*, IX, Milano, 1961, págs. 5, 58.

[18] SANDOVAL, FRAY P. DE, *Historia de... op. cit.,* t. II, pág. 361.

cialidad de que se hizo gala. Es una columna repleta de pertrechos la que avanza hasta la *Piazza Maggiore*, repartida por nacionalidades de procedencia, con los uniformes típicos correspondientes, cargados de colores chillones, con su vanguardia, la caballería, la infantería, la artillería, la retaguardia y por no faltar, a la zaga, carros de municiones y de pólvora, de picos y palas[19]. En una camilla, tullido por la gota, inmóvil de piernas y brazos, con vendas, el formidable Antonio de Leyva. La apostura de los que van marchando al paso, o montados, impresiona, impone. El Emperador, espléndidamente ataviado, en brioso corcel, con faz sonriente aunque severa, en medio. Los cronistas describen puntualmente la parada, aquella demostración, que suscita silencio, apenas roto por las voces estridentes de los que corren a empujones detrás de las monedas —con algunas medallas conmemorativas preciosas— que arroja a diestra y siniestra el tesorero de Su Majestad: las medallas se estimaban en una pequeña fortuna, y las monedas eran reales de plata y ducados dobles de oro, reales y ducados del cuño de las cecas de los reinos de Castilla[20], con probabilidad labrados de metales traídos de las fabulosas Indias, pese a que aún no han comenzado a explotarse las minas del Perú y de México. La fama de opulencia que empezaba a tener lo que procedía de España, hizo que brotara admiración en el público al acercarse, en el recorrido, el grupo de magnates de los reinos de Castilla, Aragón, Cataluña, Valencia, Navarra, que destacaba por su austera elegancia y la impavidez un poco teatral de su porte, que para los sagaces delataba altanería de bisoños, no fiereza de veteranos.

En la *Piazza Maggiore,* sobre un tablado, aguarda Clemente VII. El Emperador acata al Papa besándole el pie, la mano, el rostro[21] y aunque lo hace con desenvoltura y gallardía, Gattinara, Valdés y los demás partidarios de modificar íntimamente a la humanidad como preconizara Erasmo, perciben con desencanto que el fundamento de su sueño está retrocediendo de las posiciones ganadas apenas un lustro antes. Clemente VII y Carlos V se separan a continuación para retirarse cada uno por su lado a sus habitaciones, que están preparadas las de ambos en la misma planta del vecino *Palazzo Pubblico*, separadas por un tabique con un falsete, que se ha habilitado expresamente para que sin protocolo las utilicen a su conveniencia tan eminentes huéspedes, los cuales estuvieron allí, juntos, cuatro meses y medio del 5 de noviembre de 1529 al 22 de marzo de 1530. De lo que se dijeron en esas entrevistas, quedan retazos de los guiones que Carlos V llevaba habitualmente para sus coloquios con Clemente VII; pretendían arreglar el mundo, aludiéndose por el Em-

[19] MEXÍA, P., *Historia del Emperador...*, *op. cit.*, págs. 536, 537. DE SANDOVAL, Fray P., *Historia de...op. cit.*, t.II, págs. 363, 364. BOMBELLI, R., *Storia della Corona Ferrea dei Re di Italia.* Firenze 1870, págs. 118, 119.

[20] GIORDIANI, G., *Crònaca della venuta e dimora in Bologna del Sommo Pontifice Clemente VII per la coronazione di Carlo V...*, Bologna 1842, págs. 24-31.

[21] PASTOR, L., *Historia de los Papas*, vol. X, traducción de Ramón Ruiz Amado, S. J., Barcelona, 1911, pág. 42.

perador a una Cruzada y al Concilio como una de las instancias que podían restaurar la fe sin cisma, en tanto que el Papa desviaba la conversación para ocuparse de asuntos más inmediatos y que le tocaban de cerca. Naturalmente, sobre lo que discutieron más, al margen del asedio que sin apretar excesivamente circundaba a Florencia y de la restauración de los Medici, que traería a cuento Clemente VII, fue de un equilibrio estable de Italia bajo la protección o custodia —no la exasperante supeditación— de Carlos V, lo que significaba devoluciones con tino de unos a otros.

Concordia proclamada en 1 de enero de 1530

Lo más espinoso de resolver concernía a Lombardía, por la estratégica que era para el Emperador. Gattinara se inclinaba al perdón de Francisco II Sforza, aunque judicialmente resultara culpable del encausamiento en que estaba envuelto[22]. Para Antonio de Leyva y los militares reputados, españoles y no españoles, Pescara, Lannoy, el Milanesado era imprescindible para el Imperio, y la conquista era título de adquisición irrefutable: ¿por qué renunciar a lo que ya se tenía y convenía?[23]. El Pontífice y los Príncipes y Senados de Italia anhelaban el restablecimiento de Francesco II Sforza como duque de Milán; sería la «libertad» de todos[24]. Puesto que parecía inevitable, por la presión unánime, Carlos V se plegó, no sin tomar precauciones que apuntaban al futuro[25]. Entre esas precauciones y dejando aparte las exigencias de partidas crematísticas que denotan la precariez en que se debatía el Empardor, figuran las garantías para mediatizar aquel espacio en trances de alarma: presencia de destacamentos con la guarnición de los castillos de Milán y de Como, la atribución a Antonio Leyva, con 6.000 escudos de pensión, del señorío de Monza en sustitución del señorío de Condogno, que recuperaba el exiliado Tribulzio; al marqués del Vasto y a otros veteranos así mismo allí se les entregarían tierras y otras recompensas[26].

---

[22] DE SANDOVAL, Fray P., *Historia de..., op. cit.,* t. II, pág. 362. CHABOD, F., *Storia di Milano..., op. cit.,* t. IX, pág. 62.

[23] DE SANDOVAL, Fray P., *Historia de..., op. cit.,* t. II, pág. 366. CHABOD, F., *Storia di Milano..., op. cit.,* t. IX, pág. 62.

[24] DE SANDOVAL, Fray P., *Historia de..., op. cit.,* t. II, pág. 354. CHABOD, F., *Storia di Milano..., op. cit.,* t. IX, págs. 19, 62. GALASSO, G., *L'Italia come problema storiografico*, Torino, 1981, págs. 110-113.

[25] Carlos V a Fernando de Hungría, Bolonia, 11 de enero de 1530, en *Correspondez des Kaisers Karl V*, edición de K.Linz, vol. I, Leipzig, 1844, pág. 307. Sobre la importancia estratégica de Lombardía son sugestivos: GALASSO, G. «La crisi italiana e il sistema politico europeo nella prime metà del secolo XVI», Estrato dal vol. LXXIII degli *Atti dell'Accademia di Scienze Morali e Politiche della Società Nazionale di Scienze, Lettere e Arti in Napoli,* Napoli, 1962, págs. 16-27, y FERNÁNDEZ DE ALBALADEJO, P., *«De "llave de Italia" a "corazón de la Monarquía Católica" en el reinado de Felipe III»,* en *Fragmentos de Monarquía*, Madrid, 1992, págs. 185-237.

[26] MEXÍA, P., *Historia del Emperador..., op.cit.*, págs. 540, 564, 565. DE SANDOVAL, Fray P., *Historia de..., op. cit.,* t. II, págs. 362, 363, 366, 374. ZERBI, L., *Il cronista monzense,* Monza, 1910, págs. 67, 68. BONOMI, D., y SUPERTI-FURGA, I., *Storia di Monza e della Brianza; Le vicende politiche dal dominio*

Superado el escollo del ducado de Milán era de presumir que el resto de las avenencias fuese más expedito. Así ocurrió: con la república de Venecia, con los Estados de la Iglesia (hecha expresa renuncia a cualquier título que cupiera a la Sede Apostólica relativo a Nápoles), etc., etc. La pacificación de Italia, tan encarecida por los tribunos, complicada y esquiva, se había conseguido en Bolonia el 23 de diciembre de 1529 con la conformidad de Carlos V, Clemente VII, Fernando de Hungría, Venecia, Milán, Mantua, Saboya, Monferrato, Urbino, Siena, Lucca[27]. Triunfalmente fue anunciado a los cuatro vientos en 1.° de enero de 1530[28]. Los imperiales y los pontificios, encontradamente, se atribuyeron el mérito, aunque para su interior tuviesen reservas de lo que se había hecho. Testimonio: los incisos que menudean en los textos de coetáneos que narran aquellas vicisitudes.

No una, sino dos coronaciones: la corona de Lombardía precederá a la corona del Imperio

Se podía, ya, acometer los preparativos de la coronación, o más precisamente, de las dos coronaciones, pues es ahora significadamente cuando sale a relucir la corona de los reyes de Lombardía junto a la corona del Imperio. Dos ceremonias separadas, sin complementariedad, ambas oficiadas por el Sumo Pontífice. Y lo primero que se había de fijar era el sitio en que se efectuasen. Sobre dónde sería y convendría que fuese había diversidad de propuestas. Gattinara quería Roma, no Bolonia, pronosticando las impugnaciones presumibles de los luteranos, paradójicamente[29]. A la inversa, Clemente VII, que se inclinaba por Bolonia, discrepando de los cardenales apegados a Roma. Se barajó Siena. El mismo Carlos V vacila, porque no descartaba la conveniencia de personarse en Nápoles y ver de enderezar allí controversias internas susceptibles de enconarse si no eran rápidamente zanjadas, y para eso ir a Roma y en Roma celebrar las solemnidades —como manifiesta confidencialmente a Fernando de Hungría en misiva de 11 de enero de 1530—; pero desiste de sus planes antes de recibir de su hermano la respuesta disuasoria del 28 de enero de 1530: ya se había decidido por Bolonia[30]. La resolución se tomó previa el 1 de

strangiero all'Italia unita, Milano, 1906, págs. 25, 26. CARRERAS Y VICENTE, V., *Doble coronación de Carlos V en Bolonia, 22/24-III-1530*, Madrid, 1985, págs. 125-131.

[27] PASTOR, L., *Historia de..., op. cit.*, vol. X, pág. 46. CARRERAS Y VICENTE, V., *Doble coronación..., op. cit.*, págs. 125, 131.

[28] DE SANDOVAL, Fray P. de, *Historia de..., op. cit.*, t. II, pág. 366.

[29] GONZAGA, L., *Crònaca del soggiorno di Carlo V en Italia...*, editado por G. Romano, Milán, 1892, págs. 144, 145.

[30] DE SANTA CRUZ, A., *Crónica del Emperador Carlos V*, edición de Antonio Blázquez y Delgado-Aguilar y Ricardo Beltrán y Rodríguez, 5 vols., Madrid 1920-1925, t. III, pág. 80. BOMBELLI, R., *Storia della Corona..., op. cit.*, pág. 112. KHOLER, A., *Carlos V, 1500-1558.Una biografía*, Madrid, 2000, págs. 209-216.

febrero, pues con esa data se lo comunica a Fernando de Hungría su representante cerca del Emperador, Andrea del Borgo[31]. Por entonces se dispuso que la Rota y la Cancillería que no se habían movido de Roma pasasen a Bolonia. Con simultaneidad se emprenden las obras de remodelación que asemejen el trazado urbano de Bolonia que va a ser teatro de las representaciones, al que lo hubiera sido de tener lugar éstas en Roma. El templo de San Petronio, con la *Piazza Maggiore* delante, se dispondrá como si fuera San Pedro y la explanada frontal, edificando dentro de San Petronio, a la izquierda, una capilla, a semejanza de la de San Gregorio en San Pedro y adosando por fuera, a la derecha de San Petronio, un recinto de madera que hiciese las funciones de Santa María la Redonda, en la vecindad de San Pedro en Roma. En el *Palazzo Pubblico* se acomoda la capilla u oratorio. Y se construye con vigas y tablas un pasadizo por el aire, abierto, con barandilla protectora, que salvando la *Piazza Maggiore* una el *Palazzo Pubblico* con San Petronio. Es aderezada en la *Piazza Maggiore* una artística fontana de la que brotarían —estando en funcionamiento— dos chorros de vino, blanco uno, rojo otro. El mimetismo que en Bolonia se buscó de Roma tenía su porqué. Lo mismo que el rito del ceremonial solemne que se dispone y una comisión de expertos pacientemente entresaca del acopio recogido en Venecia por Antonio di Giunta en 1520.

Prevenciones toma por su lado Carlos V, en la recámara, en la tesorería, hasta en sus cuadras. Completa el ropero y las panoplias. Posa para un retrato ecuestre —desaparecido en un incendio de El Escorial— que encarga a un pintor que le entusiasmará: Tiziano[32]. Hace provisión de fondos, y como los Países Bajos y España, que son su fuente nutricia principal, le escatiman los giros, se las arregla para conseguir auxilios en Italia. Comercializa por su cuenta unas tratas de trigo de Sicilia expedidas a Cataluña; bien que una de las naos que transporta el cupo haya de detenerse y descargar en Génova[33]. Encarece Carlos V de Clemente VII la renovación de la bula de Cruzada para ser predicada en sus dominios, en todos teóricamente, aunque en la práctica se venía haciendo, en resoluciones precedentes de idéntico privilegio, exclusivamente en España y sus dependencias. Demandó simultáneamente el Emperador al Papa la autorización preceptiva para un «Subsidio» procedente de los beneficios, frutos y rentas de los eclesiásticos en las diócesis de los reinos de Castilla y de Aragón y los archipiélagos circundantes. Hubo asentimiento del Santo Padre, y se incoaron los trámites burocráticos, que serían despaciosos, lentos. Pero estas formalidades de la Cámara Apostólica y a continuación la anuencia de las Iglesias de España, era de esperar que no fuesen eternas, y por tanto, con el fin de ganar tiempo, convenía adelantar en España las diligencias, para lo que es precavi-

[31] PASTOR, L., *Historia de..., op. cit.,* vol. X, págs. 47-49, nota 5.

[32] CARRERAS Y VICENT, V., *Doble coronación de..., op. cit.,* pág. 122.

[33] Carlos V a Bartolomé Ferrer, Bolonia, sin día ni mes, 1530, FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Corpus Documental..., op. cit.,* vol. I, pág. 192.

da la Emperatriz, como regente que era, sugiriendo que habiendo de ser temprano tangibles los rendimientos pecuniarios de esa bula de Cruzada y de ese «Subsidio», se ofreciera su montante, como prenda, a asentistas o *partitiani* que pululasen en los reductos mercantiles —Medina del Campo, Burgos, Valladolid, Toledo, Sevilla...— para obtener por adelantado una considerable suma. Este postrer encargo la Emperatriz se lo traspasaría a tres duchos en la materia, apellidados Gutiérrez, Vozmediano y Encsio, que no se dormirán[34].

Las cuadras de Carlos V en Italia se habían ido reduciendo, llegando a estar semivacías en Bolonia. Era de necesidad subsanar las bajas. En el recorrido de Génova a Bolonia hubo caídas y enfermedades y abundantes regalos de caballos —los cuales habían sido escogidos por el Emperador, que era diestro y exigente en la selección, y, por tanto, gustaban— a los que le obsequiaron en el itinerario y debía corresponder y halagar. Al mes de estar en Bolonia requiere de España que se busquen y compren con premura, hasta una docena, *muy buenos y crecidos* y para que los encuentren pronto, y le sean enviados, hace esas advertencias: además de en Andalucía, como es notorio, les hay en Navarra; la Guarda de Castilla (cuerpo que se ocupa de la vigilancia yendo de acá para allá) los suele haber tales como se deseaban, de estampa y alzada. Que era Carlos V quien dicta estos renglones destinados a Isabel de Portugal es confirmado por una galantería, por un piropo, que nadie hubiera osado incluir, si no él; ésta es la lisonja: si algunos de los caballos *muy buenos y crecidos* que se topasen, pertenecieran a quien no los quisiere vender, si vos, Señora, los pedís, ninguno dejará de regalároslos[35].

Gestiones de Antonio de Leyva en Monza

Son muy elocuentes y representativas las gestiones reservadas, por encargo de Carlos V, que cumple Antonio de Leyva sobre la corona de los reyes de Lombardía que se veneraba en la basílica de San Giovanni Battista de Monza. Para los coterráneos de aquellos parajes era un símbolo sensible de identificación que evocaba glorias pretéritas de potencia e importancia; un vestigio de autonomía y preeminencia de la comunidad, que cuidan los capitulares de la basílica de San Giovanni y amparan los ediles municipales. Siempre respaldados por Milán, dado que con el emblema habían sido consagrados los reyes de Lombardía. La fiesta preceptiva se había de celebrar en Milán, oficiando su arzobispo, o sufragáneamente en Monza por el

[34] Carlos V a la Emperatriz Isabel, Bolonia, 16 de enero, 23 de nero, 8 de marzo y 21 de abril de 1530, en FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Corpus Documental..., op. cit.,* t. I, págs. 195-197, 201-203, 204, 205-206. Se reparará en la misiva de Carlos V a la Emperatriz Isabel, sin fecha, aunque de Bolonia, en FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Corpus Documental..., op. cit.,* t. I, págs. 188-190.

[35] Carlos V a la Emperatriz Isabel, Bolonia, 11 de diciembre de 1529, en FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Corpus Documental..., op. cit.,* t. I, pág. 184.

arcipreste de San Giovanni Battista. Al último, en 1530, al que se le había conferido fue Federico de Habsburgo en 1452, y en Roma, por el papa Nicolás V. La carta de 16 de marzo de 1452 de Nicolás V explica por qué la ceremonia tuvo lugar en Roma y no en Milán o en Monza. Era propósito de Federico de Habsburgo ir a Milán tan pronto como estuviese en Italia para, por el arzobispo de Milán, ser investido como rey de Lombardía y continuar hasta Roma donde el Pontífice le coronaría cual Emperador, como habían sido investidos y coronados sus antecesores. Pero en Milán y sus aledaños una mortífera epidemia estaba causando estragos, lo que con otros inconvenientes le disuadieron por prudencia a Federico de Habsburgo de dar el rodeo, y determinóse a ir directamente a Roma para, proclamado Emperador, regresar raudo a Alemania, a no ser que Su Santidad acogiese la súplica que humildemente hacía «*ut coronam ipsam (regni Lombardorum) hic Romae sibi conferre dignaremur*» —son palabras de la carta de Nicolás V—. Su Santidad decidió, con expresiones suyas, *auctoritate apostolica, ex certa scienza predicta coronam regni Lombardiae eidem regi per nos tradendam et assignando fore decernimus, ac illam praedicto Regi cum omnibus juribus et honoribus, juristictionibus, emolumentis et praerogativis suis intra missarum solemnis in basilica S. Petri coram majori altari conventus praelatorum, principum, procerum et baronum cum omnibus et singulis solemnitatibus aliis in similibus observari solitis tradimus et assignamus...*[36].

Constituyó una sorpresa para los de Monza, que su flamante barón, el fabuloso Antonio de Leyva, nada menos, en enero o febrero de 1530, emprendiera solicitaciones con las autoridades y con los capitulares de la basílica de San Giovanni Battista sobre aquel objeto sagrado y que les propusiera ser llevado a Bolonia con la documentación que se descubriese en los archivos acreditativa de que era la señal auténtica de soberanía en Lombardía. El duque de Milán, Francesco II Sforza, estaba al corriente del trámite y le apoyaba. Las autoridades municipales de Monza y los capitulares de la basílica de San Giovanni Battista, estupefactos inicialmente, con agudeza captaron enseguida la intención, el propósito que subyacía en aquellas demandas y se dispusieron a hacer propicio lo que fuera, pero no gratuitamente. Autoridades y capitulares riman al unísono; deponen ancestrales rivalidades y emulaciones. Son complacientes con Antonio de Leyva y hacen que se resuelvan papeles y hojeen infolios vetustos para reunir el dossier que documente la historia de aquel ornamento. Se informan de lo que fue en el pasado, y de la liturgia que requiere; como resulta que las celebraciones se habían de hacer en Milán por el arzobispo o en Monza por el arcipreste de San Giovanni Battista, exigen que se haya de reconocer como firmes esos privilegios sin perjuicio de que por causas inevitables en esta ocasión se acuda a Bolonia y oficie el Papa; en compensación a su condescendencia

[36] BIBLIOTECA APOSTÓLICA VATICANA, Arm. XXXII, t. 19, ff. 111r y 112v. REYNALDUS, O. (1595-1671), *Annales,* ed. a. 1452, núm. 2; ed. Roma, Varesi, 1659. Comunicación generosa proporcionada por G. Fumagalli Romario.

y colaboración, piden para Monza ventajas cuyas consistencia remiten a la generosidad del Emperador. Autoridades y capitulares forman una diputación para que conduzcan de Monza a Bolonia el inestimable trofeo, en su estuche con formato de cruz, y le devuelvan. Los agraciados son: patricios, Poliodoro y Gian Battista de Vecchi, Gian Paolo Velati, Ludovico y Bartolomeo Cernuschi, Ambrogio Maria Erba; canónigos: Pietro de Arzago y Giovanni de Marliano. Un pelotón de la milicia, decorosamente ataviado, irá de escolta[37].

Una embajada de Monza en Bolonia y el Emperador

El 20 de febrero de 1530 llegan a Bolonia los emisarios de Monza con la corona de hierro de Lombardía. Carlos V les dispensa con premura una audiencia que transcurre con cortesías y aquiescencias, como si estuviera programada. Los de Monza brindan la insignia que traen, para ser aplicada al que corresponde para que surta las consecuencias que entraña, sin menoscabo de las prerrogativas que competen a Milán y su arzobispo o a Monza y su arcipreste de San Giovanni Battista por la circunstancia de que se haya habido a *fortiori* de apelar al desplazamiento a Bolonia e intervenir el Papa, desplazamiento e intervención que no servirán de precedentes. Los informes que han traído y presentan son irrefutables. Carlos V agradece y acepta lacónicamente, aunque complacido, y en recompensa del desvelo y trabajo que los mensajeros han tenido, les concede conjuntamente 2.000 escudos y a la comunidad de Monza determinadas exenciones. Asume el Emperador, por último, los costes íntegros de ida y vuelta de la corona de hierro de Lombardía[38].

El gigantesco y oportuno «asiento» o *partito* de los Fugger y los Welser

La esplendidez de Carlos V con los delegados de Monza responde a las excelentes noticias que por correo, entretanto, se han recibido de España, y resolvían la ansiedad, por el momento, de la escasez de dinero. Aquellos tres técnicos en el manejo de las combinaciones para adquirir fondos al alcance, especulando con promesas realizables en el porvenir, a quienes la Emperatriz Isabel encargó manipular los rendimientos de la bula de Cruzada y del simultáneo Subsidio Eclesiástico, ambas «gracias» dispensadas por la Santa Sede para que tuviesen vigor en España a partir

[37] *Memorie storiche di Monza e sua Corte*, racolte ed esaminate del canonico Antonio-Francesco Frisi, 3 vols., t. I, Milán, 1794, págs. 180-181. BOMBELLI, R., *Storia della Corona...*, *op. cit.*, págs. 127-128. BONOMI, D., y SUPERTI-FURGA, I., *Storia di Monza e...*, *op. cit.*, pág. 25.

[38] DE SANDOVAL, Fray P., *Historia de...*, *op. cit.*, t. II, pág. 367. CARRERAS Y VICENT, V., *Doble coronación de...*, *op. cit.*, págs. 160-161.

de 1530, es decir, los mencionados Gutiérrez, Vozmediano y Enciso, cumplieron con tino su cometido. Comenzaron por calcular a cuánto cabría ascender el importe bruto de una y otra fuente de ingresos, y tirando por lo alto estimaron que la bula de Cruzada depararía en aquella sazón del orden de 650.000 ducados y que el Subsidio Eclesiástico —esta vez una «cuarta» del imponible— se pondría en 600.000 ducados, no menos, a pesar de que el clero español trataría a todo trance de reducir la carga que se les volvía a echar encima de sus espaldas. En conjunto, deducían Gutiérrez, Vozmediano y Enciso, 1.250.000 ducados, y como restaban por suscribir 150.000 ducados del paquete de títulos de deuda pública consolidada (juros) que, por si acaso, autorizó enajenar Carlos V al marcharse en 1529, se podría llegar a 1.500.000 ducados, lo que como cebo se pondría —y se puso— a la apetencia o la avidez de «asentistas» y *partitani* como garantía del desembolso que se solicitaba por Carlos V.

Los peces grandes y los peces chicos se agitan al contemplar la autenticidad del señuelo que se les arrojaba. Son aún peces chicos los genoveses para un bocado de las dimensiones del que está en juego; no se atreven todavía a acometer la presa, pues supera su capacidad, que oscila, como máximo, entre los 100.000 y los 200.000 ducados individuales; pero empiezan a hablar entre ellos de asociarse sin perder la independencia y formar ocasionales consorcios que les permitan hacerse notar en trances señeros. Los peces grandes, los alemanes, inicialmente se muestran remisos, acaso conscientes de que los competidores, a aquel nivel, no licitarán siquiera; esperan. Y cuando lo creen oportuno entran arrogantes en escena, conjuntamente, los factores en España de los Fugger y de los Welser, Cristóbal Müelich, Jerónimo Seiler y Alberto Khuan. Analizan las tarifas a las que se despachan las bulas de Cruzada y las solicitudes, siempre voluntarias, que cada tipo suele tener, pues para que surtan efecto las dispensas que cada bula conlleva, a los ricos, más o menos ricos, no les sirve tomar una bula de las baratas. Pulsan el grado de la permisividad de obispos, canónigos y curas, sin olvidar frailes y monjas, de cabildos y claustros, para cumplir el Subsidio Eclesiástico. Estudian la boga que entre las familias acomodadas, las catedrales, los hospitales y orfanatorios, las universidades... tiene los juros. Acaban haciendo una contraoferta, que es aprobada: sus principales proporcionarían 1.220.000 ducados en dos años reservándoles la distribución de la bula de Cruzada y cobro del Subsidio Eclesiástico. El 18 de febrero de 1530 es rubricado el extraordinario contrato por los 1.220.000 ducados del «asiento» o *partito* de los Fugger y Welser, con una cláusula que incluye la responsabilidad del mercader Cristóbal de Haro en el cumplimiento de lo concertado[39]. La Emperatriz se apresura a

[39] CARANDE, R., *Carlos V y..., op. cit.*, t. III, págs. 86-92. KELLENENZ, H., *Die Fugger in..., op. cit.*, t. I, págs. 15, 16, 70, 71. Sobre la Cruzada y el Subsidio Eclesiástico, CARANDE, R., *Carlos V y sus banqueros*, t. II, *La Hacienda real de Castilla*, Barcelona 1987, págs. 435-490. De los progresos que los hombres de negocioa genoveses que tratan y contratan a la sazón con Carlos V, para llegar a entenderse entre sí y constituir un grupo fuerte que no permaneciera en un desairado segundo plano, se consultará

participar la grata nueva a Carlos V, refiriéndole alguna de las incidencias que condujeron al feliz desenlace. Carlos V ratificará lo hecho en Bolonia a 20 de marzo de 1530.

La coronación como rey de Lombardía

En la capilla del *Palazzo Pubblico* de Bolonia, donde se aposentan Clemente VII y Carlos V, será ceñido a Carlos V por Clemente VII el 22 de febrero, fiesta de la cátedra de San Pedro, el distintivo férreo que denota de quién depende eminentemente Lombardía[40]. Pasa Carlos V de sus cámaras al oratorio —tan reducido que ha sido habilitada una sala contigua como prolongación— acompañado por unos próceres elegidos con premeditación, por lo cual las ausencias son tan lógicas como las prioridades. Ausencias: los señores de Milán, Ferrara y Mantua[41]. Prioridades: en la delantera iba el marqués de Astorga con el cetro imperial, y luego el marqués de Villena con el estoque...[42]. En el acceso al recinto donde sin ostentación se cumplimentará el rito, para acoger y conducir al Emperador están los prelados que van a impartir las formalidades del introito, presididos por el cardenal Wilhelm Enkevoirt, a quien el Pontífice ha encomendado por un breve que administre como datario la unción a Carlos V. Se incorporará ulteriormente Clemente VII, y reza la misa y en su instante coloca a Carlos V —tocado con una gorra carmesí para aumentar la dimensión de su cabeza— la corona que se ha traído de Monza a Bolonia. En la *Piazza Maggiore* suenan unas descargas que se replican de un extremo a otro extremo donde están situadas, y atentas, compañías de arcabuceros. Vocean ¡Viva el rey de Lombardía! Vuelve la calma sigilosa. Y continúan las preces en la capilla del *Palaz-*

CARRETERO ZAMORA, J. M., «Los servicios de las Cortes de Castilla en el siglo XVI», en *Cuadernos de Historia Moderna,* núm. 21, 1998, Monográfico IV, Universidad Complutense, págs, 15-58, donde se hace constar que un consorcio de genoveses remata en 1532 un asiento o *partito* de 1.300.000 ducados, en disputa con los Fugger y los Welser, cuyo reembolso parcial es consignado sobre los servicios de las Cortes de Castilla. Era desconocido ese asiento o *partito*. En torno a discrepancias dentro de las facciones de los proveedores de dinero a Carlos V, hay toques sueltos en MAZARIO COLETO, M.ª C., *Isabel de Portugal, Emperatriz y Reina de España,* Madrid, 1951, págs. 204 y 269.

[40] En la BIBLIOTECA APOSTÓLICA VATICANA, Ms. Vat. Lat. 12276, cc. 207-228, está el acta levantada, con pormenores esenciales, de los compromisso recíprocos entre los «diputados imperiales» y los delegados pontificios acordados el 7 de febrero de 1530, concernientes a la liturgia con la que se impondría a Carlos V por Clemente VII la segunda corona, *quae ferrea dicitur,* explicitando las palabras y posturas, entradas y salidas que se encadenarían en la actuación que había de celebrarse dos semanas después. La composición de la comitiva, los testigos destacados para cada uno de los trances relevantes fue todo concertado de antemano, así como quiénes serían los celebrantes. El precedente de 1452 en que los protagonistas fueron el Emperador Federico III y el Papa Nicolás V es constantemente invocado. Comunicación recibida de G. Fumagalli Romario.

[41] BOMBELLI, R., *Storia della corona..., op. cit.,* pág. 131.

[42] MEXÍA, P., *Historia des Emperador..., op. cit.,* pág. 550.

zo Pubblico. Clemente VII y Carlos V, cada uno en su escabel, cuando reposan, que es unos palmos más bajo el del Emperador que el del Papa[43]. Terminada la solemnidad, sin salir del *Palazzo Pubblico*, Carlos V y Clemente VII se separan, yéndose a sus respectivas estancias. Los escasos asistentes se dispersan con frialdad. No hay desfile. La austeridad —con una densa atmósfera de tensión— fue la nota predominante. Se adivinan los comentarios susurrados.

La coronación como Emperador

En contraste con el recato de la coronación lombarda, el martes 22, la algarabía de la coronación imperial, el jueves 24 del mismo febrero de 1530, aniversario del nacimiento de Carlos V. Hasta el clima marcó la diferencia en el día: lluvioso aquél, despejado éste. Bolonia es un hervidero el jueves 24, pues lo que no se hizo el martes 22, se procuró con insistencia: atraer el vulgo, no sólo de la urbe, sino de las comarcas en derredor. Para que la aglomeración no se resuelva en desmanes con imprevistas consecuencias —pues la masa está inquieta y esconde un recelo que explotaría de surgir un chispazo, y no se ha de descartar que haya agitadores— las cuatro compañías que tienen encomendada la custodia del Emperador se recuentan y tamizan —descubriéndose que ha habido unas cuantas fugas, hacia los acuartelamientos del marqués de Vasto, que asedian los focos de insurrección que restan en Toscana, con su capital Florencia, «muy bien reparada» ésta para resistir un ataque, atraídos los escapados por la quitación de atrasos que está en aquel campamento prometido hacerse—[44]; ese pequeño ejército que no se separa de Carlos V es distribuido por las calles de Bolonia con alarde, y se reparte estratégicamente, organizando un acantonamiento, un presidio, en la *Piazza Maggiore*, con Antonio de Leyva como jefe supremo[45]. San Petronio, que va a ser núcleo de la representación, está por dentro cumplidamente vigilado, y aunque las tribunas que flanquean las naves se llenen a tope —habiendo pagado y no barato su boleto los ocupantes sin una representación— no ocurrirán sorpresas. Se ha cuidado la distribución de los que afluyan. En cuanto al ritual, una comisión compuesta de pontificios e imperiales, que recíprocamente liman asperezas de posturas o colocaciones susceptibles de aparentar superioridad del Pontífice o del Emperador, emulación que se respira y por la que se disputa en Bolonia, dedujo un guión inspirándose en el *Pontificale Ritus*

[43] GIORDIANI, G., *Crònaca della venuta...*, *op. cit.*, págs. 99-106. (CARRERAS Y VICENT, V., *Doble coronación de ...*, *op. cit.*, pág. 182, transcribe literalmente la descripción que hace Gaetano Giordani). BOMBELLI, R., *Storia della corona...*, *op. cit.*, págs. 134-137.

[44] Carlos V al comisario general Lope de Soria, Bolonia, 20 de enero de 1530, en FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Corpus Documental...*, *op. cit.*, t. I, págs. 200-201. Carlos V a la Emperatriz, Innsbruck, 29 de mayo de 1530, en FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Carlos V, el César y el Hombre*, Madrid, 1999, pág. 414.

[45] SANTA CRUZ, A. de, *Crónica del...*, *op. cit.*, t. III, págs. 84-85.

Sacrosantae Romanae Ecclesiae, que redactaría en latín el maestro de la curia, Biagio Martinelli da Cesena, y que nos es conocido por la estupenda versión que hiciera al español Diegro Gracián de Alderete[46]. No queda detalle por contemplar. Clemente VII y Carlos V se lo aprendieron, por lo que, con leves señas, en su respectivo protagonismo, no marraron los pasos a dar, y si en algún trance se desviaron del carril marcado, fue consciente y voluntariamente, por no ceder en el pugilato aludido, que conocían y tácitamente alentaban; sin confusión volvían a enderezarse, no percatándose los espectadores de la variante. Dos incidentes que ocurrieron —una grada que se tambalea encima de donde estaba sentado Clemente VII, erigiéndose éste de un salto, asustado[47], y la reyerta entre los embajadores de Ferrara, Génova y Siena por la eterna disputa de la precedencia, cuando el Emperador pasaba a su lado— fueron zanjados discretamente.

La puntualidad fue estricta. Cronométricamente salió del *Palazzo Pubblico* con su cortejo Su Santidad y por la pasarela sobrepuesta a la *Piazza Maggiore* se introdujo en San Petronio. A continuación el Emperador —tocado con el emblema del rey de Lombardía— con su comitiva, que no se altera aunque el tramo terminal de la pasarela de mampostería se hunde apenas ha pasado Carlos V; los que van a sus espaldas caen desplomados y hay heridos. Idas de acá para allá, después, desvestirse para esto y vestirse para aquello, siempre con un sentido profundo, dogmático, que en la actualidad para politólogos y antropólogos tiene aspectos del poder laico y sacro que se complementan y conjugan[48]. Como las reverencias del Emperador al Papa, y la mutación en la compostura del uno con el otro hecha la coronación tras la unción, hasta el acabamiento de la celebración y el abandono de San Petronio[49]. No narraremos con palabras lo que Nicolás Hogenberg, en cobre, y Robert Péril, en madera, plasmaron en grabados magistrales, o más toscamente, para molduras de la cornisa en la fachada de la Lonja, luego Ayuntamiento o Casa Consistorial, de una ciudad aragonesa, Tarazona, en la provincia de Zaragoza: aquí, la entrada del em-

[46] *La coronación imperial con todas sus ceremonias, traducción del latín en lengua castellana* por Diego Gracián de Alderete... Con privilegio imperial, 1530. En 1958 se hizo en Madrid una reimpresión de esa bellísima versión, acompañada de las estampas de Nicolás Hogenberg, por la «Junta Nacional del IV Centenario [de la muerte de Carlos V]». No se trata de un *factum* a propósito para su inminente aplicación en Bolonia en 1530; se concibe como una normativa disponible para siempre, en la que se presuponen circunstancias diversas que puedan concurrir, cual la de que el Emperador vaya acompañado de su esposa, la Emperatriz; el celebrante siempre será el Sumo Pontífice.

[47] MEXÍA, P., *Historia del Emperador..., op. cit.*, pág. 556. DE SANDOVAL, Fray P, *Historia de..., op. cit.*, t. II, pág. 370. DE SANTA CRUZ, A., *Crónica del..., op. cit.*, t. III, pág. 85.

[48] CAVINA, M., *Imperator romanorum triplici corona coronatur; Studi sull'incoronazione imperiale nella scienza giuridica italiana fra tre e cincuecento*, Milán, 1991, pág. 165-195.

[49] BALBI, G., *Ad Carolum V Imperatorem De coronatione*, Bononae, 1530. *Il modo di elegere et coronare lo Imperatore con la forma del suo iuramento...*, opúsculo anónimo sin lugar ni año. BLOC, M., *Le rois thaumaturges. Étude sur le caractère surnaturel attribué à la puisance royale, particulierment en France et en Anglaterre*, París, 1924 (Publications de la Faculté des Lettres de l'Université de Strasbourg). KANTOROWICK, E., *The King's tow Bodies. A study in medieval Political Theology*, Princeton, 1957.

perador en Bolonia por la puerta de San Felice; aquéllos, la cabalgata, juntos Clemente VII y Carlos V desde San Petronio hasta cierta plaza, sólo Carlos V de esa cierta plaza a San Domenico, donde dará el espaldarazo a una promoción de distinguidos servidores, a los que asciende de rango[50]. Un dato mínimo: cuando emprenden el desfile, salidos de San Petronio, y Carlos V tiende el estribo a Clemente VII para que suba en su hacanea[51] y hace ademán de tenerle las bridas durante unos pasos[52], retumban clamores de «¡Imperio, Imperio! ¡España, España!»[53]. Un estremecimiento sacudiría a los perspicaces. También el pueblo de Bolonia hacía barruntos, y aunque se divirtiera no estaba a gusto. Toda la población se alivió cuando el 23 de marzo de 1530 se percató de que las tropas que no se apartaban a sol ni a sombra del Emperador emprendieron su marcha. Carlos V se había ido el 22[54] y a

[50] En 1875 se imprimió en Edimburgo una colección de láminas en gran formato con los dibujos de Nicolás Hogenberg: *The procession of Pope Clemente VII and the Emperor Charles V after the coronation at Bolonia on the 24th february. Designed and engraved by Nicolás Hogenberg and now reproduced in facsimile, with an historical introduction* by Sir William Stirling Maxwell, baronet, Edinburgh, 1875. Otra edición de los diseños de Hogenberg, en Madrid, 1958, por la «Junta Nacional del IV Centenario [de la muerte de Carlos V]. TERLINDEN, C., «La politique italienne de Charles-Quint et le «triomphe» de Bologne» en *Fêtes et cérémonies an temps de Charles-Quint*, París, 1960. Sobre las molduras de la cornisa con escenas de Carlos V en Bolonia, adosadas a la, en el presente, Casa Consistorial de Tarazona, que se rfieren al acceso por la puerta de San Felice el 5 de diciembre de 1529, SÁNCHEZ CANTÓN, F. J., «*El gran friso histórico de relieve del Ayuntamiento de Tarazona*» en XIX *Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencas* celebrado en San Sebastián, 1946 (8 páginas la tirada aparte); SEBASTIÁN, S., *Iconografía e Iconología en el Arte de Aragón*, Zaragoza, 1979, págs. 81, 84-87.

En la renacentista fachada del Ayuntamiento actual de Tarazona, por encima de los huecos, corre un alto relieve de treinta y dos y medio metros de largo por unos sesenta centímetros de ancho que representa un desfile atinente a la presencia de Carlos V en Bolonia, con letreros que identifican el grupo o los bagajes representados y pone «Magistratus», «Gobernator», «Doctores», «Machinae»...; marcha hacia un hueco en la muralla, defendido por cañones. «La talla no es fina, y [los] deterioros... [aumentan su] tosquedad; pero el conjunto profuso y bien compuesto, causa efecto sorprendente». (Sánchez Catón, pág. 4 de la tirada aparte). Recientemente ha aparecido, en lujosa edición cuidada por la Sociedad Estatal para la Conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, *La imagen del Emperador; La jornada de la coronación de Carlos V en Bolonia y el friso del Ayuntamiento de Tarazona,* Madrid, 2000. Las múltiples reproducciones que contiene —fotografías y croquis— están complementadas por diecisiete artículos de sendos autores, que discurren pertinentemente en torno a los sucesos de Bolonia en 1529 y 1530. Se aclara que el destino del edificio de Tarazona adornado con la cornisa —de yeso, no de piedra como le pareció a Sánchez Cantón, señala Juan Carlos Elorza— que recuerda a Carlos V en Bolonia por 1529 y 1530, fue servir de Lonja, aunque enseguida se convirtiese en dependencia municipal y fuese la sede del Concejo desde el siglo XVIII. La fábrica estaba empezada el 11 de septiembre de 1557 y se terminó hacia 1563, de conformidad con una constatación fechada en 1565. Las molduras de la fachada se elaboraron entre 1558 y 1563 y fueron obra de Alonso González, que se inspiró en los trazos de Nicolás Hogenberg. *La imagen de Carlos V..., op. cit.,* págs. 10, 146, 151, 153, 154.

[51] *La coronación imperial con todas sus ceremonias, traducida...* por *Diego Gracián de Alderete, op. cit.,* pág. 14. BERNARDI, T., «*Analisi di una cerimonia pubblica; L'incoronazione di Carlo V in Bolonia*» en *Quaderni Storici*, nuova serie, 61, núm.1, aprile 1986, págs. 171-199; la cita, pág. 180.

[52] *La coronación imperial con todas sus ceremonias, traducida... por Diego Gracián de Alderete, op. cit., pág.* 13.

[53] MEXÍA, P., *Historia del Emperador..., op. cit.,* pág. 558.

[54] BRANDI, K., *Carlo V..., op. cit.,* pág. 279.

través de Mantua, Peschiera, Ravereto, Trento llega a Innsbruck, donde deja de existir Mercurino de Gattinara[55]. Clemente VII prolongó su estancia en Bolonia hasta el 31 de marzo de 1530; llegó a Roma el 12 de abril, y aún hubo de desazonarse un trimestre a la espera de que capitulara Florencia. Sobrevenido ese acontecimiento el Emperador se tomó el plazo de cuatro meses para dar él las condiciones que regirían Toscana, a la cual se habrían de conservar sus «libertades». Pero hasta el verano de 1531 no resolvió[56], bien que les hubiera concedido a los Medici «una especie de presidencia hereditaria» en la república de Florencia; pero renovando su vasallaje al Imperio.

Trabas puestas a la evasión de numerario en los reinos de Castilla por 1530

Durante la larga estancia en Bolonia —en los días de ocio, singularmente fastidiosa, pues le enojaban como si estuviera en «prisión»— había reflexionado Carlos V sobre la endeblez de las dependencias dinásticas por el costado sudoriental, lo que le resolvió a afianzar a su hermano Fernando en Hungría elevándole sin más demora a Rey de Romanos y además habilitar un dique insalvable a las acometidas de los turcos, luego de haber encontrado un arreglo conciliar con los protestantes en Alemania, para lo que convoca la Dieta en Augsburgo[57]. Era preciso para esos planes poner a disposición de Fernando de Hungría suficientes recursos. Consiguió del Papa 40.000 escudos, expedidos por la Curia Apostólica a regañadientes, y 50.000 ducados —20.000 de los cuales proporcionó un hombre de negocios con la condición de ser reembolsado en los Países Bajos—, y ulteriormente 200.000 escudos que se recabarían en los reinos de Castilla, mas no de lo acopiado como ingresos fiscales, que hubiera suscitado la oposición enconada de aquellos vigilantes y recelosos súbditos ibéricos: se detraerían de un depósito reservado a disposición del Emperador procedente del rescate de los delfines de Francia que se habían canjeado por su padre, Francisco I, apresado en la batalla de Pavía (1525) y después conducido cautivo a Madrid. Los delfines, que estaban custodiados en Pedraza de la Sierra, serán redimidos según acuerdo de la paz de las Damas hecha en Cambray (3 de agosto de 1529) por 2.000.000 de escudos[58]. Las precauciones de Carlos V con los suspicaces habitantes de los reinos de Castilla son proverbiales en esta ocasión, y no lo disimu-

[55] BOMBELLI, R., *Storia della corona..., op. cit.,* pág. 137.

[56] PASTOR, L., *Historia de ..., op. cit.,* t. X, págs. 55, 58, 59.

[57] RASSOW, P., *El mundo político de Carlos V..., op. cit.,* págs. 54-78.

[58] Tomo esa controvertida cifra de LAPEYRE, H., *Les monarchies Européennes du XVI siècle; Les relations internationales*, en la colección «Nouvelle Clio», 31, París 1967, pág. 134, en la certeza de que 2.000.000 de escudos fue lo estipulado, aunque lo que se hizo efectivo se redujo a 1.200.000 escudos. La Emperatriz a Carlos V, Madrid, 29 de marzo de 1530, MAZARIO COLETO, M.ª C., *Isabel de Portugal... op. cit.,* pág. 269

la. Ha de procederse en la retirada de la suma donada, recomienda, con cautela, y para eludir sospechas irá a España expresamente Don Martín de Salinas, que se halla en Bolonia como agregado al embajador de Fernando de Hungría, Andrea del Borgo.

No están dispuestos los papeles que han de acreditar en su delicada misión a Salinas cuando el Emperador sale de Bolonia el 22 de marzo de 1530; esos despachos se completarán en las jornadas sucesivas, hasta Innsbruck, desviándose a continuación del séquito el enviado para España con una recomendación perentoria de Su Majestad Cesárea: secreto perseverante, ninguna confidencia innecesaria. Salinas atraviesa Suiza y Francia cabalgando, y el 3 de septiembre de 1530 entra en la Península Ibérica por Guipúzcoa, descendiendo enseguida hasta el monasterio de Rodilla, contiguo a Burgos, donde le alcanzan dos hidalgos que ha mandado Fernando de Hungría para que les utilice como cómplices si fuere preciso en el trajín del dinero contante y sonante que va a buscar; son esos auxiliares Juan de Mercado y el bastardo de Orrus, que traen de su amo instrucciones complementarias sobre la «operación». Puesto que tiene prisa y la salud resentida, Salinas deja las monturas en que ha venido de tan lejos y con la posta llega a Madrid a la metida del sol el 19 de septiembre. La guarda puesta a las puertas de Madrid para mediatizar a cuantos quieran entrar provenientes del Norte, e impedir contagios de la epidemia que por aquellas latitudes se padece, detiene a Salinas, al que mojado y embarrado le conducen al Alcázar y tras ser identificado se le lleva ante la Emperatriz, la cual le requiere anhelante para que la cuente del Emperador y la informe de Italia y de Alemania, haciendo después que sean llamados los del Consejo de Estado, que acuden todos sin más excepción que el conde de Miranda. Sólo protocolarios saludos y respuestas concisas a preguntas privativas de quienes las formulan se cruzan aquella noche. Pero durante la semana inmediata la Emperatriz y el Consejo de Estado cavilan sobre los 200.000 escudos otorgados por Carlos V a Fernando de Hungría del rescate de los delfines. La Emperatriz no vacila; ha de cumplirse estrictamente la voluntad del Emperador, por engorroso que resulte, y el Consejo de Estado se adhiere a ese propósito. Pero se ha de obrar con exquisitas precauciones, con total sigilo. La excitación de los reinos de Castilla se mantiene latente después de la derrota del levantamiento comunero, y si el fuego fue apagado los rescoldos subsistían y cualquier motivo irritante es susceptible de encender las llamas, y de lo que más recelan los moradores influyentes de ciudades y villas, laicos y eclesiásticos, es de la sustracción del peculio nacional para ser extrañado con destinos que les son ajenos: aunque la normativa ancestral lo veda, y ampara sus miras, están escarmentados por experiencias recientes de conculcaciones cuya dimensión abultan los agoreros. Se ha de acentuar consecuentemente la prudencia, advierten la Emperatriz y los del Consejo de Estado a Salinas, máxime cuando su presencia en España suscitará sospechas a cuantos conocen su afiliación antigua a Fernando de Hungría justamente en vísperas de cuanto va a ser éste promovido a Rey de Romanos; por tanto, se ha de jus-

tificar tal separación propalando una disculpa: está él aquí, se difundirá, para traer del esposo y del cuñado alientos a la madre desconsolada y afligida que estando sola había perdido a un infante y que sufre por la debilidad con que crece el príncipe Felipe, amén de ponerla al corriente de los acaecimientos contemplados desde la Corte Imperial.

Carlos V y Fernando de Hungría eran también conscientes de lo delicado que sería retirar de los reinos de Castilla 200.000 escudos sin provocar en su seno conatos hostiles. Lo más adecuado y lícito, lo menos arriesgado y que en absoluto se objetaría por ser práctica ordinaria de los comerciantes importadores y exportadores así como de los asentistas o *partitani*, era hacer las adecuadas transferencias a través de los cambios con letras u obligaciones entre las ferias y plazas de Castilla y las ferias y plazas abiertas en Alemania, Austria o Hungría. Carlos y Fernando habían considerado ese canje, y por separado uno del otro buscaron a profesionales de esa especulación que fueran idóneos para realizar tales giros; pero los que encontraron dispuestos a comprometerse demandaban condiciones —tarifas a la postre— inaceptables. Por eso se desistió de las transferencias o giros, apelándose el azar del contrabando, y se pensó que tres notables de los reinos de Castilla, devotos de Fernando de Hungría, a cuya disposición habían estado en Alemania, en Austria, en Hungría, pero que disfrutaban de un permiso en España, fueran previstos ejecutores de la aventura: Don Antonio de Mendoza, Don Pedro González de Mendoza y Don Pedro de Córdoba, los cuales atravesarían la frontera, cada cual por un lado y en fechas diferentes, con una porción de los 200.000 escudos. Los vigilantes no osarían molestarles, excusando el registro escrupuloso a que sometían implacables a los transeúntes comunes; para suplementar ese servicio en caso de necesidad es por lo que habían venido ex profeso Juan de Mercado y el bastardo de Orrus. Ni a la Emperatriz ni al Consejo de Estado complació esa irregularidad, que escucharon atónitos de Martín de Salinas, al que tampoco convencía, por lo que acordaron conjuntamente sobreseerla hasta conocer el resultado de la gestión que Fernando de Hungría había comunicado últimamente tener reemprendida con los Fugger y otros traficantes de dinero.

En Madrid entabla Martín de Salinas contactos con el secretario Vázquez de Molina y con el tesorero Ochoa de Landa, de los que requiere ayuda para la comisión que le ocupa; se entrevista con Don Antonio de Mendoza y Don Pedro González de Mendoza, a los que oculta la papeleta que les amaga, y de la que deben tener atisbos, pues Mendoza se apresura a aseverar en redondo que no está dispuesto a ausentarse por el momento de España y González de Mendoza, aunque alude con insistencia e intención a la dolencia de su mujer, declara que cumplirá lo que se le pida. Don Pedro de Córdoba no está en Madrid; pero se le llama, y hay seguridad de que éste hará sin duda cuanto se le encomiende.

La Emperatriz y los del Consejo de Estado habían confiado a Salinas que el rescate de los delfines estaba guardado en el castillo de la Mota en Medina del Campo

y puesto bajo la custodia de Álvaro de Lugo. Y para Medina del Campo se encamina el inquieto Salinas hacia el 27 de septiembre de 1530 en busca de Alvaro de Lugo. Mas ese Alvaro de Lugo resulta que es corregidor de Valladolid y se halla en Valladolid. Con el tesorero Ochoa de Landa que se le junta en Medina del Campo, prosigue Salinas hasta Valladolid. Acoge Alvaro de Lugo con reticencia a Salinas y le declara delante de Ochoa de Landa, evasivamente, que el contable del rescate de los delfines es un oficial que se encuentra al Norte de Burgos y sin su intervención no es factible tocar aquel tesoro, porque resultaría un lío; se notificará a ese oficial para que venga y tome la razón. El evidente pretexto para dar largas de Alvaro de Lugo no exapera a Salinas: convienen entre ambos en aguardar unos ocho días. Para durante esa espera Martín de Salinas se retira y esconde en Tordesillas, una villa perdida sobre el Duero, escasamente frecuentada, donde se despistaría a los que acaso sigan sus pasos y murmuren de sus andanzas. Transcurren interminables las horas para Salinas en Tordesillas a pesar de entretenerse en escribir cartas, algunas larguísimas[59], y hacer una escapada a la granja de la Orden de San Bernardo entre Simancas y Aniago. Son sabrosas de esas misivas las para el secretario Juan Vázquez de Molina (2 de octubre de 1530), para Cristóbal Castillejo, confidentes de Fernando de Hungría (19 de octubre de 1530), para Francisco de Cobos, cerca de Carlos V (9 de mayo de 1531), en las que el redactor, con jugoso estilo, cuenta pelos y señales, revela su manera de ser y de obrar: nervioso, perseverante, quisquilloso, locuaz, propenso a enrollar en un expediente administrativo o judicial a quien le entorpezca si la denuncia ampara su propia inculpabilidad o celo y muy hábil en sugerir la relevancia y el tino de sus personales gestiones, que jactanciosamente magnífica. La excursión a la granja de San Bernardo entre Simancas y Aniago es para reunirse con el obispo de Astorga, que tiene, se desprende, un cargo en Valladolid, desde donde se ha desplazado con el reformador de la Orden de San Bernardo. Los tres comen en compañía y tienen una animada sobremesa, durante el transcurso de la cual el obispo y el reformador, por turno, atosigan a preguntas al avispado Salinas, que responde diplomáticamente, reservándose astuto el objetivo verdadero de lo que tiene entre manos. De vuelta en Tordesillas, dos mensajeros aliviarán a Salinas sucesivamente: Fernando de Salamanca y un socio de su casa, con matriz en Burgos, y un dependiente de los Fugger que mostrará un pagaré, al cobro de veinte días vista, de Fernando de Hungría por valor de 50.000 escudos. Fernando de Salamanca y su socio, que vienen de Alemania, significan que Fernando de Hungría ha tomado de «unos mercaderes» 100.000 escudos a reintegrar ese importe en Fuenterrabía de la asignación con que cuenta sobre el rescate de los delfines.

[59] *El emperador Carlos V y su Corte según las cartas de Don Martín de Salinas, embajador del infante Don Fernando (1522-1539),* con introducción, notas e índices por Antonio Rodríguez Villa, Madrid, 1903-1905, págs. 495-522. Estas cartas de Don Martín de Salinas fueron apareciendo en *Boletín de la Real Academia de la Historia,* tomos XLII a XLVI, (1903-1905).

Con la complaciencia del que se libra de un peso que soporta incómodo, Salinas acepta formalmente el pagaré de los Fugger, aunque le desazone lo que oye al dependiente que le ha hecho el requerimiento: que Fernando de Hungría ha avalado que los 50.000 escudos íntegramente, tienen la facultad de salir de los reinos de Castilla, y sus jefes están resueltos a hacerlo, y por de pronto lo harán con 20.000 escudos hacia Portugal. ¿No será descubrir el pastel que se está cociendo?, interroga Salinas al referir su inquietud el 2 de octubre de 1530 a Vázquez de Molina, encareciéndole que lo trate y arregle con Guido Herlt (Veit Hörl), el factor principal de los Fugger en España.

¡Albricias! Arriba a Tordesillas de Valladolid la cita de Alvaro de Lugo para hacer la entrega de los 200.000 escudos en Medina del Campo. Para excusar habladurías no acudirá de inmediato el mismo Salinas; delega los preparativos inevitables en Ochoa de Landa, asistido de un trajinante paisano suyo, de Vitoria, que se llama Diego de Lequeitio. Alvaro de Lugo asombra a Ochoa de Landa y a Lequeitio enseñándoles en el castillo de la Mota el rescate de los delfines: una pila de fardeles que contiene cada uno de 90.000 a 100.000 escudos; estaban tal cual les trajeron de Francia, sin abrir, pues fueron computados a peso, con un margen complementario a añadir de 90 a 100 escudos (1 por 100) por talegón. Alvaro de Lugo se obstina en contar pieza a pieza las monedas hasta exactamente 200.000 escudos, y así se hace, aunque lo discuta acaloradamente Ochoa de Landa, que hubiera preferido respetar los talegones o fardeles y llevárselos por lo que estaban estimados a tenor de su peso, y la compensación de 1 por 100, lo cual sería más rápido y más ventajoso —más ventajoso para Fernando de Hungría, en torno, el conjunto, de 2.000 escudos—. Para cerrar el trámite, y signar el correspondiente recibo, Martín de Salinas comparece fugazmente en Medina del Campo, y sin demora torna a Tordesillas con los 200.000 escudos a la zaga, bien escoltados con Juan de Mercado y el bastardo de Orrus, que habían estado recluidos en Medina del Campo al acecho.

Quedaba el rabo por desollar. En Tordesillas se cumplió por de pronto con los Fugger, y estaban Salinas y sus colaboradores procediendo a colocar adecuadamente en cofres, como si fuera ropa, 100.000 escudos para trasladarlos a Vitoria, donde se planeaba, bajo la responsabilidad de Ochoa de Landa, oportunamente ir a efectuar la cesión de la cantidad en Fuenterrabía, a la otra orilla del río, a los «unos mercaderes» con los que había concertado Fernando de Hungría según el relato de Francisco de Salamanca y su asociado, más tarde confirmado; se hacían esos preparativos, digo, cuando apareció uno de los «unos mercaderes», y manifestó que sus compañeros ya aguardaban en Fuenterrabía, listos para la recepción de los 100.000 escudos. No había inconveniente para Salinas en hacer el trasvase del dinero así, como estaba puntualmente preconcebido; ¿pero no sería mejor y más discreto, para evitar soplos a los bandoleros que infectaban el Sur de Francia, y a los suspicaces que mantenían en vilo a los reinos de Castilla, verificar la liquidación en Vitoria? El uno de los «unos mercaderes» se avino a la proposición de que en Vitoria, dentro

de un plazo fijo brevísimo, Ochoa de Landa, en su domicilio, haría el pago sin falta. Esto estipulado, el bastardo de Orrus que estaba preparado con antelación, mas aguardaba para conocer la suerte de los 100.000 escudos, parte de Tordesillas con 18.000 escudos, para que apañándoselas como Dios le inspire vea de socorrer las exhaustas arcas de quien en 1531 fue elegido Rey de Romanos. Martín de Salinas se quedaba con 32.000 escudos en Tordesillas.

Una cosa resulta clara de este prolijo relato: en los reinos de Castilla por 1530 no se toleraba sumisamente la fuga de numerario, aunque el soberano la patrocinara y fuese para erigir un Rey de Romanos de la casa de Habsburgo o para la defensa de Viena amagada por Solimán el Magnífico. No obstante, reconozcámoslo, había entonces evasiones de oro y plata de los reinos de Castilla.

Coclusión

En 1535 relató Enrique Cornelio Agrippa la *duplici coronatione* de 1530 a Carlos V con tal vigor y atractivo que todavía en 1934 tuvo el honor de un traslado del latín al castellano en Madrid[60]; esa descripción no fue arrinconada por la información recogida por Gaetano Giordani en 1842.

Dos coronaciones muy diferentes. La imperial suponía preservar la tradición —que estaba caducando, pero mantenía el mito de lo antiguo con la nostalgia de la Edad Media— y recabar su salvaguardia. La lombarda, apuntaba a un propósito concreto: afianzar el derecho eminente sobre un feudo enajenado que se deseaba reivindicar, y por eso se sacó entonces a relucir la reliquia que era venerada en Monza —como lo había sido otras veces, previas, y se hará posteriormente, cuando concurran motivos que confieran al símbolo material eficaz vigencia, por ejemplo en la era de Napoleón Bonaparte[61].

Al irse configurando estratégicamente Europa en tres zonas, la del Norte, la del Centro y la del Sur, y de permanecer prácticamente aisladas fueron convirtiéndose en complementarias, los Alpes cesan de ser una barrera que separa para transformarse en el paso obligado, por sus valles transversales del Este, de los mercaderes, de las tropas, de los correos, de los portadores de letras de cambio o de pagarés; ahora bien, esas recuas heterogéneas que intermitentemente van o vienen son susceptibles de mediatizar por quien se afirme vigilante en el Milanesado.

---

[60] «Historia de la doble coronación de Carlos V en Bolonia» en BERNÁRDEZ, A., *Enrique Cornelio Agripa,* Madrid, 1934, págs. 157-227.

[61] *La Corona Ferrea dell' Europa degli Imperi,* tomo I, *La Corona, il Regno e l'Impero: un millenio di Storia,* a cura di Graziella Buccellati; direzione scientifica Annamaria Ambrosioni. *Società di Studi Monzensi.* Milán, 1995. La versión inglesa de este preciado tomo la edita la *Società di Studi Monzensi,* también en Milán y con boato idéntico,el mismo 1995. En 1998 aparece un tomo II consagrado *Alla Scoperta del Prezioso Oggetto,* dividido lo que atañe a *Arte y Cultura* de lo que toca a *Sciencia e Tecnica.*

Se le tacha a Carlos V de retrógrado para su época, y quizás lo hubiera sido de haber hecho suyas las sugerencias que de la idea imperial le formulaban sus eminentes asesores; pero sistemáticamente evitó pronunciarse y tomar partido, aunque sobre el particular discurriese para sus adentros y a ese tenor procediera. No se le reconocen, por el contrario los aciertos premonitorios que tuvo. En 1535, cuando fallece Francesco II Sforza, es investido sin dificultades como duque de Milán el que sería temprano Rey de una Monarquía que englobaba los Países Bajos, fracciones importantes de Italia y España con Portugal, y al que los enemigos terminarán por vedar la ruta del Atlántico que intercomunicaba marítimamente ese conjunto. Los caminos de los Alpes estuvieron frecuentadísimos durante la irreductible subversión de Flandes.

¿La contienda de 1618 a 1648, la de los Treinta Años, hubiera sido lo enconada que resultó sin disponer los Habsburgo del tránsito que enlazaba la Europa del Sur con el Centro y el Norte? Y eso que la trabazón de la dinastía de los Habsburgo no fue satisfactoria nunca, y desde la permanencia de Carlos V en Bolonia ostentaba grietas, como testimonio la coetánea correspondencia de Fernando de Hungría y sus representantes, antaño recogida e impresa y que aprovecha tan cumplidamente hogaño Alfred Kohler en su *Carlos V, 1500-1558. Una biografía,* que salió a la palestra en Munich por 1999.

Del esmero con que Carlos V atendió la cohesión de la dinastía de los Habsburgo, el episodio de los 200.000 ducados que se encomendó a Don Martín de Salinas para que los fuese a buscar donde estuviere el rescate de los delfines de Francia, para extraerlos de los reinos de Castilla y ponerlos a disposión de Fernando de Hungría, es sintomático, así como fiel trasunto de los aires de autonomía que se respiraba en el ambiente de los alrededores de Medina del Campo, y lo celosamente que se preservaba el oro y la plata de que se disponía en los reinos de Castilla, y cuya extracción estaba prohibida y se observaba sin contemplaciones... aunque el contrabando vulnerase esa veda.